

Fracaso

Alegría del fracaso

Mariano Anós



FOTOGRAFÍA: Mariano Anós

1. Beckett

“Fracasa otra vez. Fracasa mejor.”
Palabra de Samuel Beckett.

Esas breves palabras, muy citadas, pertenecen al texto de Beckett titulado *Rumbo a peor*. Un texto no escrito para el teatro, pero que puse en escena con alumnos de la Escuela Municipal de Teatro de Zaragoza (hacer teatro con textos poéticos, narrativos y aun filosóficos me ha parecido siempre muy útil en la tarea de tensar los límites de lo que se entiende por teatro). Rescato un fragmento de lo que escribí en el programa:

Desde el propio título se manifiesta la trágica ironía con la que la escritura procede. Es un texto no escrito para el teatro y sin embargo apela, o interpela, al teatro de un modo radical, a fondo. La condición de actor, que no es más que un caso extremo de la condición humana, encuentra en este texto un alimento exquisito para andar un camino siempre incierto. Quizá el tema central sea el fracaso, compañero esencial de un proceso de aprendizaje medianamente auténtico. Fracaso del lenguaje, fracaso de la comunicación, fracaso de la narración, fracaso de la representación. Y sin embargo... El

intento de hablar, el intento de contar, el intento de representar, desde la conciencia de los límites, desde el límite del vacío, sobreponiéndose al vértigo del vacío y al temido horizonte del sinsentido, es la empresa humana por excelencia. A pesar de todo estar ahí, casi sin saber, casi sin poder, sabiendo sobre todo que casi no se sabe y que casi no se puede. Procurando no engañarse demasiado ni engañar demasiado a quienes, en la posición de espectador, vengán a acompañarnos un rato en este fracasado divagar en busca de algo de verdad, con todas las renunciaciones que supone.

Se dice a veces que nos alimentamos sobre todo de fracasos, y es verdad. Y sin embargo... Sin embargo, nos está prohibido proponérselo. La intención de fracasar contiene una imposibilidad: conseguir el objetivo sería inevitablemente un éxito. Podemos proponernos el éxito (¿y para qué?), pero no el fracaso. Kipling lo dejó dicho: el éxito y el fracaso son una pareja de impostores. No podemos hacer otra cosa que situarnos fuera, en otro lugar, en una posición en la que las palabras éxito y fracaso estén, si no borradas (no sería posible), cuando menos borrándose, borrosas, atenuadas, asordadas, veladas, reducidas a huellas de un lenguaje perdido que alguna vez, quizá, creímos comprender, como en sueños. Disposición a acoger el fracaso, como a acoger el dolor, sin buscar el fracaso, sin buscar el dolor. Si no, cómo actuar, cómo vivir.

2. Kleist

Otra tentativa, a partir del breve ensayo de Kleist *Sobre el teatro de marionetas*. Propone Kleist un episodio bien jugoso. El narrador cuenta que estaba bañándose con un adolescente lleno de gracia natural. Recientemente habían visto juntos en París la célebre escultura conocida como “el espinario”: un adolescente sacándose una espina del pie. Por casualidad, al secarse el pie en un taburete, se vio en el espejo y su imagen le recordó la escultura. Al narrador le ocurrió lo mismo y quedó deslumbrado. El adolescente, picado, intentó reproducir el gesto, sin éxito, hasta diez veces, con resultados ridículos. Durante los días siguientes fue presa de la obsesión: “Comenzó a pasar días enteros mirándose en el espejo; y le abandonaron sus encantos uno tras otro (...) y cuando hubo transcurrido un año, no se podía descubrir en el joven ni siquiera una huella de su pasada hermosura”.

Vértigo de la imagen en abismo: cómo conspira la imagen del espejo

con la imagen del recuerdo de la admirada escultura... con la imagen ideal de sí mismo que el adolescente quisiera fijar en un fulgor inmortal, hundiéndose en la catástrofe cuando comprueba que, naturalmente, el destino de Narciso no podría ser otro que ahogarse para siempre en Lo Mismo.

Kleist propone la solución con un rodeo: “Se presenta de nuevo la gracia cuando el conocimiento ha pasado por el infinito; de manera que se manifiesta al mismo tiempo en la estructura corporal humana que carece de toda conciencia y en la que posee una conciencia infinita, esto es, en el títere y en el dios.”

Se trata, pues, de la *gracia* por oposición a la *conciencia*. O sea, se trata en cierto modo... del monólogo de Hamlet (“*the native hue of resolution*” frente a “*the pale cast of thought*”): la *des-gracia* de la conciencia.

Fracaso de la voluntad consciente, fracaso del poder, de la arrogancia del poder, de las fantasías de omnipotencia del animal humano. Pues la gracia huye en cuanto se siente perseguida. Como el amor brujo: “Le huyes y te persigue, lo llamas y echa a correr”. ¿Qué hacer, entonces? Y también: ¿qué no hacer? Con lo imposible, abandonarlo. Con lo posible, no resignarse, dar un rodeo, darle tal vez otro tiempo y cambiar las preguntas, o bien tacharlas por dar pie a la ligereza.

3. Berger

Otra cita, en otro contexto:

“Cada dibujo fracasa a su manera, particular e impredecible” (John Berger).

Cada dibujo, cada pintura, cada poema, cada relato, cada novela, cada ensayo, cada interpretación, cada espectáculo, cada coreografía, cada canción, cada sinfonía... Alegría del fracaso, de los diversos y

renovados fracasos. Pues gracias a él, a ellos, se vuelve a intentar, una y otra vez, se perpetúa la búsqueda sin fin. Se vive.

4. Payaso

Para terminar (con alegría), añadiré a esta suerte de *collage* un breve texto que escribí para *Payasos sin fronteras*, que viene al caso. Copio y pego:

El payaso está solo. Así acompaña a todo el que está solo. Frágil como una roca, desafía. No tiene nada y lo da. Todo. Su dieta es rica en fibra: consiste en compartir. No hay mercader que no lo envidie en secreto. Desconoce las reglas del pavoneo. Ni idea de medidas coyunturales. Entero siempre, atento a desaparecer. No siendo nadie, se pierde con gusto. Pierde el tiempo. Ya que está de paso, puede permanecer. Si está triste o alegre, no lo sabe. No responde a preguntas. Cultiva la torpeza sin proponérselo. Rico en fracasos, no le salen las cuentas. Sin meta, sigue ahí, por si acaso ocurre algo. Doctor en negaciones, tal vez por su presencia la vida se afirma, en alguna parte, para alguien. Su paciencia es urgente. Su color, el del aire. Por su nariz escucha las tormentas del mundo y las reduce a un murmullo desafinado y dulce. Lo que sobra lo ignora. Y hay que ver cuánto sobra. Maldito sea lo que no es payaso.